

bam
bú

Cuentos, verduras y todo lo demás

Alex Nogués



Cuentos, verduras y todo lo demás

*A Annick, Loïc, Max y Pema y todos los
momentos que vivimos alrededor de una mesa*

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2022, Alex Nogués Otero, por el texto

© 2022, Anna Aparicio Català, por todas
las ilustraciones

© 2022, Editorial Casals, SA

Casp, 79 – 08013 Barcelona

Tel.: 902 107 007

editorialbambu.com

bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2022

ISBN: 978-84-8343-806-0

Depósito legal: B-326-2022

Printed in Spain

Impreso en Anzos, SL

Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si ne-
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
93 272 04 45).

**Cuentos,
verduras y todo
lo demás**

Alex Nogués

Ilustraciones
Anna Aparicio Català

**bam
bú**
EDITORIAL



00:08
REG

Un vídeo casero

—¡Arrrrrrrrrggggh! Por las barbas de san Pedro, ¡cómete la maldita verdura!

El vídeo se acaba en ese momento, con un primerísimo plano del abuelo con los ojos desencajados, la boca abierta y una amenazante postura blandiendo el tenedor por encima de la cabeza. Un trozo de brócoli vuela y se desperdiga por los aires.

—¿Papá? —le pregunta su hija, levantando la mirada de la pantalla del móvil.

El abuelo no responde. No sabe qué decir. Está sorprendido. No se reconoce a sí mismo.

«¿Cómo pude perder los nervios de ese modo?», piensa.

«¿Cómo?»

Y...

«¿Cómo es que salgo en este vídeo?»

«Maldito mocoso, malditos móviles, aparatos del demonio», sigue pensando, y se gira con lentitud en busca de su nieto, el mayor. Las arrugas se le multiplican en la frente, los ojos se estiran y la mirada le arde.

Y Abel, su nieto mayor, se esconde tras su madre.

—¡Papá! —le regaña su hija.

Severo

Severo es un hombre muy mayor. Como a toda la gente mayor, los años le han puesto y le han quitado muchas cosas.

Le han puesto arrugas, demasiadas. Y alguna verruga. Y unos pelos largos en las orejas. Y orejas, le han puesto más orejas. Bueno, tiene las mismas, pero más grandes. También le han puesto un carácter un tanto arisco.

Le han quitado las fuerzas. Le cuesta levantarse, y sentarse, y caminar, y coger las cosas de la parte de arriba de la alacena. También le han quitado el sentido del ridículo, así que, aunque a veces los esfuerzos le hacen gemir, decir palabrotas o dejar escapar algún cuesco –o todo a la vez–, le da igual hacerlo delante de la gente.

Para compensar, los años le han dado un bastón, unas gafas muy gruesas para poder leer y una amplia sonrisa, aunque la usa con cuentagotas. Y, no menos importante, una casita pequeña junto a las huertas, con una ventana desde donde puede ver el mar y las flores que crecen en el alféizar.

Esos malditos años, que pasan sin pedir permiso, le han robado muchos amigos y a su amada Felisa, a quien extraña más que a nadie, pero también le han traído a sus hijos y a sus nietos: Abel y María.

Abel

Abel tiene diez años. Está en los huesos. Será porque se pasa el día corriendo, saltando o haciendo cualquier cosa menos estarse quieto. También lo reconoceréis por las costras, rascadas y pequeñas cicatrices que decoran su piel, por hablar un poco más alto de lo necesario y por ir siempre despeinado.

Como sus padres trabajan todo el día y ha de ir con su hermana pequeña del colegio a casa del abuelo y de casa del abuelo al colegio a la hora de comer, le han dado un teléfono móvil por si pasa alguna cosa. Aunque cuando pasa alguna cosa nunca llama, pero el móvil se ha convertido en algo imprescindible para él. Si no está saltando, corriendo o haciendo cualquier otra cosa menos estarse quieto, Abel está

grabando todo cuanto pasa a su alrededor con la cámara del móvil.

Si la pequeña María estornuda y un moco gigante se le queda colgando, ¿va Abel corriendo a por un pañuelo? ¡No! Coge el móvil y graba el espectáculo.

Si el domingo su madre se pone a leer el suplemento del periódico mientras come sin mirar las magdalenas de la bolsa hasta que se da cuenta, al rebuscar, de que ya no queda ni una, ¿es esa una escena que vale la pena dejar para la posteridad? Al parecer, sí: Abel lo ha hecho ya siete domingos seguidos; sesenta y ocho magdalenas.

Si su padre se pone a cantar y a bailar mientras prepara la cena, ¿cómo no va a registrarlo?

Y ¿cómo no grabar a su abuelo poseído por el demonio mientras intentaba que María se comiera la verdura? Lo que no estaba en sus planes era que su madre viera el vídeo.